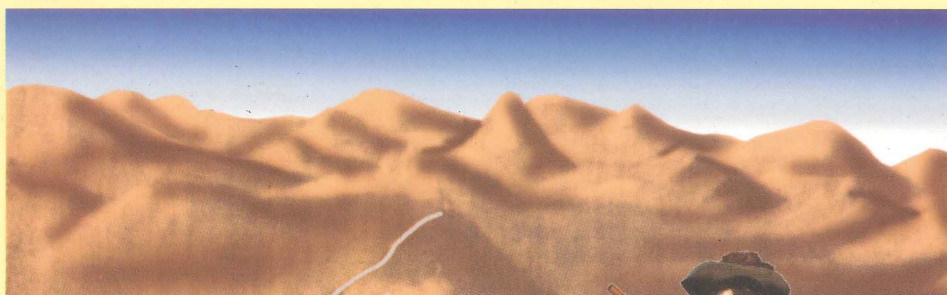


América bajo los Austrias: economía, cultura y sociedad

Héctor Noejovich Ch. | Editor



Capítulo 25



50° Congreso Internacional de Americanistas
Varsovia, Polonia - 2000



Pontificia Universidad Católica del Perú | Fondo Editorial 2001

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Cercado, Lima-Perú
Teléfonos 330-7410 - 330-7411

América bajo los Austrias: economía, cultura y sociedad
Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmetne, sin premiso expreso de los editores.

Derechos reservados

Impreso en Perú - Printed in Peru
Primera edición: noviembre de 2001
ISBN: 9972-42-447-2
Depósito Legal: 1501052001-4328

Demonios del mar:

piratas, corsarios, contrabandistas y la ruptura del monopolio de los Austrias sobre América

Luis Britto García
Universidad Central de Venezuela

Esto tengo por certísimo: que quien domina el mar tiene la gran libertad de participar en guerra con mayor o menor intensidad según su deseo, mientras que quien es fuerte en la tierra se encuentra a veces sin embargo en grandes estrecheces, y la riqueza de ambas Indias no parece ser, en gran parte, más que un accesorio del comando sobre los mares.

Francis BACON

Resumen

Desde el Descubrimiento, las potencias competidoras de España inician una sostenida y coherente política para minar el monopolio de Iberia sobre América. Franceses, ingleses y holandeses protegen alternativamente la ofensiva de piratas, corsarios y contrabandistas contra el Nuevo Mundo, hasta que éstos instalan bases relativamente autónomas en el Caribe. Esta guerra irregular corta las rutas comerciales, obliga a la corona española a enormes gastos defensivos, pone en manos de potencias no ibéricas cerca de la mitad del comercio con América y propicia el establecimiento de colonias que fragmentan la dominación política española y diversifican el panorama cultural americano.

1

En 1492 Cristóbal Colón descubre un continente. En 1494 el papa Alejandro VI lo reparte salomónicamente entre España y Portugal. En 1519 el adolescente Carlos I de España alquila porciones del Nuevo Mundo a los banqueros Welser y Fugger para sobornar príncipes electores que lo designan Emperador del Viejo Mundo. El Imperio se suma así a los numerosos reinos que hereda de doña Juana la Loca y de Felipe el Hermoso y a las vastas provincias americanas para integrar un cúmulo de poder sin paralelo en la Historia Moderna. Comienza un juego global que aún no concluye. El oro mexicano y la plata del Potosí financian las guerras con las que España asegura sus dispersas posesiones y mantiene la hegemonía en Europa. Guillermo Céspedes del Castillo calcula que entre 1531 y 1660 llegan a Sevilla 155.000 kilos de oro americano

y 16.986.0000 kilos de plata. Si se añade el contrabando, es posible que durante el siglo XVI arribaran a Europa 18.300.000 kilos de plata¹. El consejero Mercurino de Gattinara insinúa al Emperador que Dios lo ha puesto en el camino de la Monarquía Universal. Del dominio del Mundo Nuevo depende la hegemonía sobre el Viejo. De ésta, la dominación ecuménica planetaria.

2

Los restantes soberanos también lo perciben así. El plan permanente de los Austrias es mantener el monopolio político, religioso, demográfico y comercial sobre el Nuevo Mundo y apuntalar con sus riquezas la hegemonía en Europa y el avance planetario de la ecumenidad. La estrategia constante de sus competidores es suplantarlos. Toda gran guerra europea es también batalla por América: por los mares de América. Se atribuye a Francisco I de Francia haber desafiado al Papa a mostrarle la cláusula del testamento de Adán que lo excluía del reparto del mundo. Es el comienzo de un ciclo de guerras entre Francia y España que abarca desde 1520 hasta 1559. Inglaterra y Holanda se suman a la carrera por el dominio de los océanos, que es el del orbe. Desde 1565 la reina Isabel I desata una ofensiva naval contra España que entre 1588 y 1603 se vuelve guerra declarada. Los países Bajos se sublevan contra España en 1565: el sangriento e intermitente conflicto se libra también en los mares de América hasta 1648. Nuevas guerras con Francia se prolongan desde 1624 hasta 1660: su corolario es la expansión americana de los franceses. Cromwell asalta Santo Domingo y Jamaica en 1665: abre así una beligerancia con España que sólo se cierra en 1671. Francia batalla por la hegemonía europea entre 1667 y 1697. La prolongada conflagración sólo se extingue tras importantes adquisiciones en el Nuevo Mundo y la instalación en el trono español de un heredero de Luis XIV. Los metales preciosos americanos que afluyen a España y de allí al resto de Europa financian guerras de tal magnitud, que terminan por hacerse incosteables. Entre 1503 y 1560 los ingresos de la corona ascienden a un millón de ducados anuales: los provenientes de las Indias promedian 220.000 en el mismo lapso. Aún así, el tesoro entra en bancarrota en 1543². Una tras otra las potencias competidoras por la hegemonía europea y mundial terminan arruinadas en la contienda. Ningún Estado puede pagar en su totalidad las dispendiosas flotas que requiere para dominar los mares y las Indias. Para repartirse el Paraíso, monarcas de derecho divino, letrados y compañías corsarias holandesas pactan con los *demonios*. Bajo su protección abierta o embozada durante dos siglos los mares americanos son un infierno arrasado por contrabandistas, corsarios y piratas. O, como los llaman los caribes, *Palanakalis*, espíritus o *demonios* del mar.

¹ CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. *América Hispánica (1492-1898)*. Barcelona: Editorial Labor SA. 1985, p. 140.

² LYNCH, John. *España bajo los Austrias*. Tomo I, Barcelona: Ediciones Península, 1975, p. 77.

3

A falta de bendición papal, está pronta la de los ideólogos. El geógrafo inglés Richard Hakluyt compila minuciosamente relatos de exploradores británicos e incita a sus compatriotas a «compartir y repartir porciones, (si lo deseamos) tanto con los españoles como con los portugueses en partes de América y otras regiones todavía por descubrir»³. El almirante francés Gaspar de Coligny, líder del partido hugonote, exhorta a sus correligionarios a huir de la persecución fundando varias colonias en América. El converso británico Thomas Gage describe con tal verismo las riquezas de América y su supuesta indefensión, que incita a Oliverio Cromwell a lanzar el «Western Design» para la conquista de América, y participa como capellán de la desventurada flota que apenas logra ocupar Jamaica⁴. El jurista holandés Hugo Grocio escribe una monografía para justificar el reparto del botín de una nave capturada por las compañías corsarias holandesas, y a partir de él desarrolla una doctrina del «Mar Libre», es decir, abierto a todos⁵. Abierto a todos los que tengan imponentes flotas como las de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales o la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, transnacionales corsarias que acuñan moneda, instalan colonias, declaran la guerra o la paz. Cerrado para quienes no dispongan de esos formidables instrumentos de hegemonía naval.

4

¿Quiénes son los *demonios*? Al principio, cortesanos que comparten proyectos de expansión y botines con sus reyes: el cosmógrafo Verrazzano, los versátiles Francis Drake y Walter Raleigh. A veces, fanáticos calvinistas como Jacques Sore, quien profana sistemáticamente iglesias y representa pantomimas sacrílegas. Luego, lobos de mar a quienes las compañías corsarias holandesas encomiendan el saqueo del orbe: los patas de palo Pyet Heyn y Peter Stuyvesant. A veces, vicealmirantes en regla, como el aristocrático conde Jean d' Estrées, comandante de las flotas del Poniente de Luis XIV. Pero bajo estandartes reales o banderas negras de pillaje se cobija la tropa de los pobres diablos desalojados por la codicia de los terratenientes y las atroces leyes contra los pobres: indigentes reclutados a la fuerza, siervos vendidos o contratados en condiciones peores que la esclavitud. Si los piratas son *demonios*, es porque vienen del infierno. Europa usa sus marginalidades como carne de cañón y cimiento de imperios. Llegadas al Edén americano, a veces desertan de sus contratos de servidumbre, cazan

³ HAKLUYT, Richard. *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation, made by Sea or Over-land to the Remote and Farthest Distant Quarters of the Earth at any time within the compasse of these 1600 yeares*. Tomo I; Nueva York: James, Maclehose and Son, 1904, p. 4.

⁴ GAGE, Thomas. *Viajes en la Nueva España*. La Habana: Casa de las Américas, 1980.

⁵ ARAUZ MONFANTE, Celestino Andrés. *El contrabando holandés en el Caribe durante la primera mitad del siglo XVIII*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984, p. 24.

ganado, siembran tabaco, fundan sociedades igualitarias y libertarias de mutua ayuda como la Hermandad de la Costa. Son los cimarrones blancos. Del *boucán* o parrilla donde ahúman la carne les viene un nombre legendario: bucaneros. Huyendo de las operaciones de exterminio de los españoles, desde 1629 algunos se dan a la mar en barquichuelos y asaltan los más grandes navíos. Expulsados del Paraíso terrenal, fundan bases autónomas en San Cristóbal, Santo Domingo, La Tortuga y finalmente Jamaica, y encienden el Averno en las aguas del Edén caribeño. Son los filibusteros: piratas que, como cantará Espronceda, tienen por única patria la mar.

5

La batalla planetaria por los océanos se libra también en la Costa de las Perlas, litoral de lo que luego será Venezuela. Centenar y medio de ataques piratas y corsarios la devastan entre el asalto de Diego Ingenios contra Cubagua en 1528 y la concesión por la Corona del monopolio del comercio y del corso a la Compañía Guipuzcoana en 1727. El cálculo es conservador: totalizo como una sola embestida las incursiones consecutivas de medio millar de urcas holandesas a Araya entre 1599 y 1604⁶. Los *demonios* vienen en oleadas. Cada una corresponde a la arremetida de una potencia europea para quebrar la hegemonía española en Europa y América. El imperturbable curso de vientos y corrientes los impulsa por el arco de las pequeñas Antillas, por la Costa de las Perlas, por el litoral de la Nueva Granada, Panamá y la Nueva España, para azotar finalmente Jamaica, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico. No los detienen treguas ni armisticios. Su diplomacia se resume en la atroz frase «no hay paz bajo la línea». Sea cual sea el arreglo entre las cancillerías europeas, entre los trópicos prosigue la ininterrumpida guerra de saqueo. Entre 1528 y 1567 nos roban perlas corsarios franceses: el piadoso Roberval y el sacrílego Jacques Sore, cebados por el prestigio de los botines del oro de México. Entre 1565 y 1604 rastrean El Dorado los Perros del Mar ingleses: traficantes de esclavos como Jack Hawkins, poetas eruditos como Walter Raleigh, piromaníacos como Amyas Preston, que incendia Caracas en 1595. Entre 1565 y 1648 las Compañías corsarias holandesas envían ladrones de sal gema con fortalezas prefabricadas en sus urcas, como Daniel de Mugeroles, o flotas como las de Van Baalbeck y Pierre le Grand, que arrebatan a los españoles Aruba, Curazao y Bonaire y establecen transitorios enclaves en Pernambuco, Río de Janeiro, Pernambuco y Recife. Entre 1629 y 1671 roban cacao filibusteros con bases autónomas en La Tortuga y Haití, como el inhumano Jean Nau o el codicioso Henry Morgan. Entre 1670 y 1697 saquean cuanto encuentran forajidos alistados en las flotas francesas, tales como Francois Grammont, asaltante de Maracaibo, Gibraltar y Trujillo. A partir de entonces las costas caribeñas sufren las pertinaces correrías de filibusteros de

⁶ BRITTO GARCÍA, LUIS: *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela, 1528-1727*. Caracas: Comisión V Centenario de Venezuela, 1998, p. 552.

Nueva Inglaterra, como el excéntrico Edward Teach «Barbanegra» o contrabandistas holandeses como Matheus Christian, autonombrado «Marqués de las Tucacas», quien mantiene enclaves con almacenes y sinagoga en la tierra firme venezolana, y los defiende en encarnizadas batallas contra los funcionarios de la Real Hacienda.

6

La política de los *demonios* engendra una economía infernal. Sus incesantes asaltos estrangulan el comercio con la metrópoli. Clarence Haring reporta que entre 1504 y 1527 zarpan 882 buques hacia América: sólo regresan 538. Esta pérdida del 39% se debe en gran parte al azote pirático⁷. Desde 1537 España limita su comunicación con el Nuevo Mundo a los costosos convoyes armados llamados flotas. Las flotas van fuertemente custodiadas y artilladas, zarpan sólo una o dos veces al año, tienen capacidad reducida y encarecen las mercancías con gravosos tributos. A partir de 1654 la metrópoli ya no puede costear su envío periódico. El intercambio queda librado a las precarias naves sueltas o «de registro», fácil presa de los merodeadores. Colapsa el monopolio económico de España sobre el Nuevo Mundo. Piratas y corsarios suplen con el contrabando este mercado hemisférico, que en realidad España jamás tuvo capacidad para abastecer. Según Ferdinand Braudel, más de la mitad del comercio con América se realiza en esta forma⁸. Los colonos privilegian los cultivos favoritos de los contrabandistas, el tabaco y el cacao. Para arruinarlos la Corona fulmina contraproducentes prohibiciones, como la establecida contra la siembra de tabaco en las provincias de la Costa de las Perlas a partir de 1604, que precipita su ruina. Lo ilegal se vuelve sustento de la oligarquía legal; la complicidad, principal industria.

7

La economía infernal propulsa una demografía satánica. Durante la dominación de España, apenas promedian 15.000 los súbditos que emigran cada año a las Indias⁹. Los colonos prefieren las costas del Pacífico, protegidas por el dificultoso paso del Cabo de Hornos, a las del Caribe y del Atlántico, sistemáticamente peinadas por los aventureros. También los nuevos pobladores privilegian los litorales que comunican con la metrópoli o facilitan el contrabando con los merodeadores. Ello alienta la concentración demográfica de fachada o en las orillas de los ríos navegables que todavía prepondera en gran parte de América Latina. Los puertos escogidos como escala de las flotas devienen en emporios:

⁷ HARING, Clarence Henry. *El comercio y la navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*. París-Brujas: Desclée, de Brouwer, 1939, p. 386.

⁸ BRAUDEL, Ferdinand. *Le temps du monde*. París: Librairie Armand Collin, 1979, p. 154.

⁹ LUCENA SALMORAL, Manuel. *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Madrid: Mapfre, 1992, p. 22.

Cartagena, Portobelo, Veracruz, La Habana. El cambio de itinerario forzado por el acoso de piratas o corsarios derriba o encumbra eminencias. La ruta de la plata del Potosí por el Pacífico y el Caribe determina el esplendor de Lima, Panamá y los puertos caribeños. Su desvío hacia el Atlántico Sur entroniza al Río de la Plata. En oportunidades, la continua presencia de los invasores mueve a la Corona española a una atroz política de vacío demográfico. En 1605 Felipe III ordena la despoblación de la Banda nororiental de La Española. El mulato Hernando de Montoro se subleva inútilmente: un tercio de la isla queda despoblado. En la extensión desierta avanzan los bucaneros, que terminan conquistándola en 1690.

8

A esta demografía desigualmente repartida corresponde una geopolítica satánica. Los *demonios* contribuyen a la desaparición de poblados como la Nueva Cádiz de Cubagua, la antigua Borburata y Cabo de la Vela. También mueven a las propias autoridades españolas a frustrar el tráfico ilegal destruyendo otros, como San Carlos en Venezuela, y Puerto Plata, Montecristi, Bayajá y Yaguana en Santo Domingo. Asimismo causan la mudanza de ciudades como Santo Tomé de Guayana y Trujillo; o provocan la migración de autoridades religiosas y políticas desde sitios repetidamente asaltados, como Coro, hacia lugares resguardados como Santiago de León de Caracas. Gracias a ello, y a las casi impenetrables montañas que la separan de su puerto de La Guaira, ésta deviene en capital de provincia y luego de la República. La plaga de los *demonios* impone la cooperación política y militar entre las autoridades de las provincias de Venezuela, Nueva Andalucía y Margarita, al extremo de que la Real Cédula dada en San Lorenzo el 17 de septiembre de 1597 reconoce como indispensable tal liga estratégica y sienta con ello las bases de la unidad del futuro territorio de Venezuela.

9

Esta comprometida geopolítica obliga a la Real Hacienda a dispendiosos gastos en guardacostas, puestos de vigilancia permanente, milicias y fortalezas. Las costas del Caribe y las bocas de los principales ríos que en él desaguan se vuelven un rosario de imponentes fortificaciones. Su costo es también formidable. En épocas de guerra los gastos de defensa en Venezuela consumen 90% de los recursos disponibles y deben ser costeados con gravosos tributos¹⁰. Tales cargas mueven a la corona española a otorgar desde 1728 el monopolio del comercio y del curso a la Compañía Guipuzcoana. Contra sus abusos los primeros venezolanos protagonizan protestas y motines precursores de la Independencia.

¹⁰ BRITTO GARCÍA. *Op. cit.*, p. 573.

10

Así como contribuyen a quebrar el monopolio económico de Iberia sobre el Nuevo Mundo, los *demonios* socavan su exclusividad política. Cuando se inicia la dinastía de los Austrias, su designio es reservarse junto con Portugal el monopolio religioso, político, demográfico y económico del Nuevo Mundo como sustento de una hegemonía mundial. Cuando fallece Carlos II, España ha perdido la preponderancia europea y entra en una prolongada decadencia. Junto a las colonias españolas de América han surgido otras inglesas, francesas, holandesas, e incluso, efímeros enclaves suecos y daneses. El monopolio ideológico se ha roto con la prédica de numerosas sectas protestantes, y se fragmentará todavía más con el contrabando de las obras de los filósofos de la Ilustración. El Nuevo Mundo inicia el camino que lo llevará, de ser pedestal de los proyectos hegemónicos del Viejo Mundo, a asumir un destino propio. Todos estos cambios se deben en parte a la contumaz, ininterrumpida, heroica, depravada guerra de desgaste naval que durante más de dos centurias libran los *demonios*.

11

Tras usar a los *demonios* del Mar para repartirse el pastel del Nuevo Mundo, desde la paz de Ryswick, en 1697, las grandes potencias los persiguen y los cuelgan en los patíbulos de los puertos conquistados por sus sulfurosas legiones. A ningún reino le gusta tener en sus rutas comerciales a los piratas que se las abrieron. Durante largo tiempo los *demonios* tienen un provisional santuario en los puertos de las Bahamas y Nueva Inglaterra. Las leyes inglesas contra la piratería del rey Jorge III de 1717 lo clausuran con la muerte de Edward Teach «Barbanegra» y la ejecución de Stede Bonnet. Los piratas pasan, de instrumento político permanente, a molestia intermitente; huyen hacia el Océano Índico. No dejan un imperio, una cultura, sino una moraleja. Quien sacrifica todo a la codicia, es a su vez sacrificado por ella. Así paga el capital a quien le sirve.

12

En 1988 buceó con una expedición que localiza restos de la flota tripulada por filibusteros del vicealmirante Jean d' Estrées, naufragada en Aves de Sotavento en 1678. Encuentro cañones de nueve pies de largo, anclas de quince pies de vástago, arrojadas en desesperado intento de frenar la marcha hacia las rompientes. Días después irrumpe el barco *Sea Explorer*, con grúas y equipos rastreadores, para arrebatarle a América Latina ese patrimonio cultural y arqueológico. Poco a poco parece nuestra memoria. Los piratas nunca mueren.

Bibliografía

ARAUZ MONFANTE, Celestino Andrés. *El contrabando holandés en el Caribe durante la primera mitad del siglo XVIII*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

BRAUDEL, Ferdinand. *Le temps du monde*. París: Librairie Armand Collin, 1979.

BRITTO GARCÍA, Luis: *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela, 1528-1727*. Caracas: Comisión V Centenario de Venezuela, 1998.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. *América Hispánica (1492-1898)*. Barcelona: Editorial Labor S.A. 1985.

GAGE, Thomas. *Viajes en la Nueva España*. La Habana: Casa de las Américas, 1980.

HAKLUYT, Richard. *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation, made by Sea or Over-land to the Remote and Farthest Distant Quarters of the Earth at any time within the compasse of these 1600 yeares*. Tomo I; Nueva York: James, Maclehose and Son, 1904.

HARING, Clarence Henry. *El comercio y la navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*. París-Brujas: Desclée, de Brouwer, 1939.

LUCENA SALMORAL, Manuel. *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Madrid: Mapfre, 1992.

LYNCH, John. *España bajo los Austrias*. Tomo I, Barcelona: Ediciones Península, 1975.